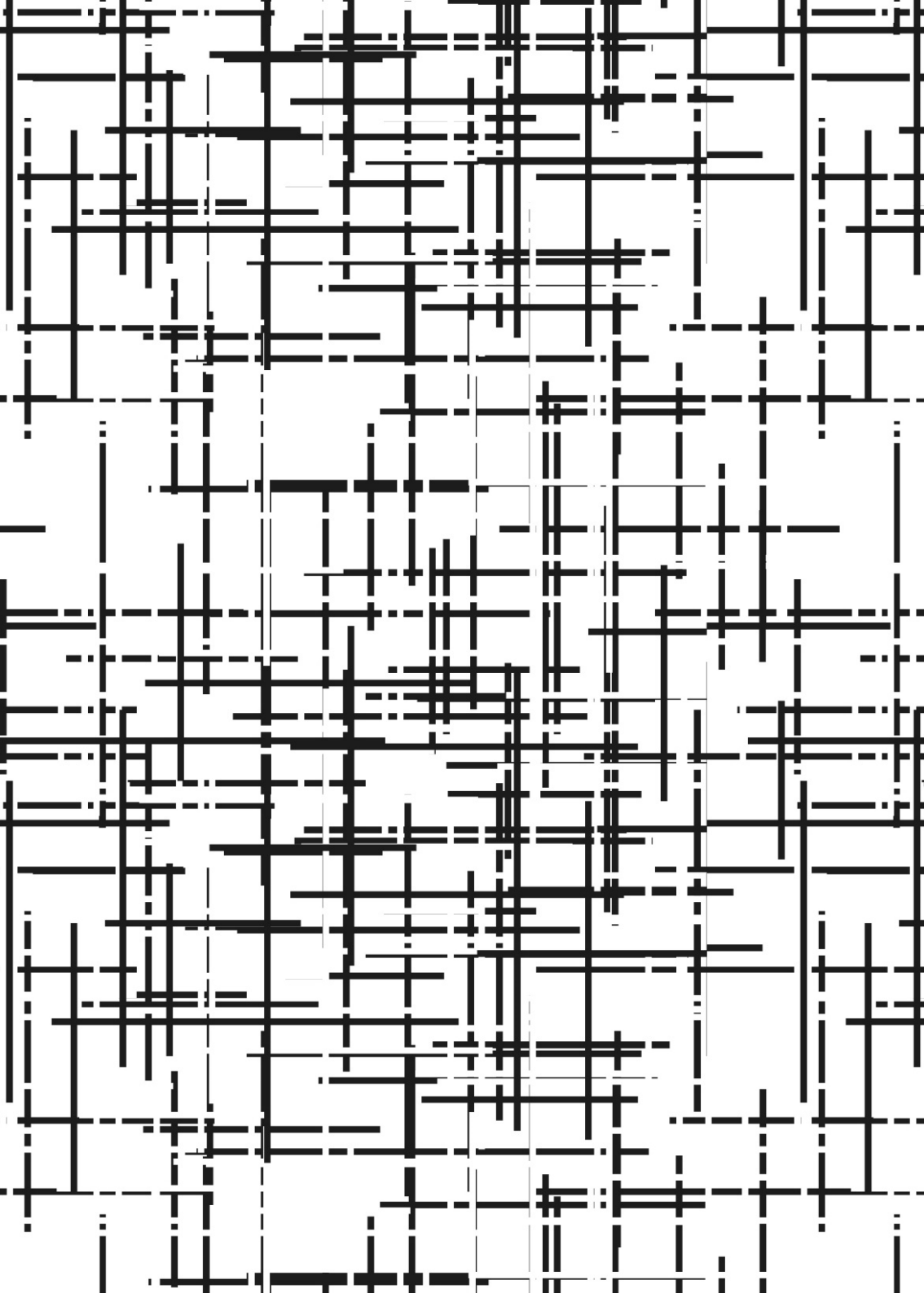

VENGANZA JUSTA

© del texto: Montse Félez
© maquetación y diseño: Punto Rojo Libros, S.L.
© portada: Punto Rojo Libros, S.L.
© de esta edición:
Punto Rojo Libros, S. L., 2016
Cuesta del Rosario, 8
Sevilla, 41004
Teléfono: 911.413.306
WhatsApp: 622.843.306
info@puntorojolibros.com
www.puntorojolibros.com

Impreso en España • Unión Europea
Primera edición: septiembre 2016

ISBN: 9788416877157
ISBN eBook: 9788416937554

Reservados todos los derechos.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o scanear algún fragmento de esta obra».

Montse Félez

VENGANZA JUSTA

PUNTO ROJO
libros

Tan solo hacía varios días que se había incorporado al trabajo después de las vacaciones de verano y el volver a la jornada de mañana y tarde, no como en los meses estivales que se hace jornada intensiva, la traía loca.

Las compras obligadas de una buena cantidad de material escolar para el nuevo curso, la renovación de ropa que se ha quedado pequeña o vieja, de zapatos y de un sin fin de otros elementos que iban surgiendo como si brotaran de la nada pero que, evidentemente, costaban dinero ¡dinero, siempre el dichoso dinero!

Ganaba un sueldo normalito para ser una mujer. En la oficina donde prestaba sus servicios, era difícil ascender. Los jóvenes salidos de las Universidades, cargados de *masters* se quedaban con los pocos puestos de cargos superiores que quedaban vacíos, por jubilación o cualquier otro motivo. Tan sólo había que esperar a que los convenios o el IPC mejorasen la cuantía, pero eso tan solo era de tanto en tanto, con lo cual había que estirar los emolumentos hasta lo indecible para que llegaran a cubrir todos los gastos que tenía, que no eran pocos.

Desde su separación conyugal, ahora en verano había hecho los años, lo que ella ingresaba era lo único con que contaba para vivir ella y su hija, que no hacía mucho había cumplido siete años. Esperaba que ¡por fin!, se legalizase su situación, le concedieran el divorcio y su ex, le pagase lo que le correspondiese para el mantenimiento de la niña, puesto que la criatura era cosa de los dos.

No comprendía el por qué se dilataba tanto la resolución de su caso. No, no había sido de mutuo acuerdo. Ella había acabado harta y finalmente tuvo que tomar una decisión drástica. Los trabajos a su marido le duraban menos que su matrimonio. Cada dos por tres, estaba sin trabajo y era su sueldo lo único que entraba para vivir, con la agravante de que no podía dejar dinero en la casa, porque desaparecía al instante para sus caprichos, sin pensar en las necesidades que tenían.

Por su abogado, de oficio naturalmente, pues no podía permitirse el lujo de tener uno de pago, se había enterado de que no lo encontraban en el domicilio que dio, o sea, que estaba dado como desaparecido. Tampoco es que confiase en que pudiera pagar lo que le estipulasen, porque era un inconsciente y seguiría cansándose a los cuatro días de cualquier trabajo que empezase, pero deseaba tener su situación clara definitivamente.

Dentro de todo, estuvo de suerte que el juez estipulase que el que tenía que abandonar el domicilio conyugal fuese él, se supone que por haber de por medio una menor, porque

vivían de alquiler en una casa antigua que, por lo menos, la renta no era muy elevada y esto le daba un cierto desahogo.

También había sido una suerte que, a pocas calles de su casa, hubiese un colegio y que su hija pudiese estudiar allí, con lo que ya no había que gastar en transporte urbano, que también al cabo del año representa un buen dinero.

La niña tenía muy buen carácter y se amoldaba bien a las circunstancias. Por su trabajo no podía acompañarla al colegio, pero también en eso había estado de suerte, ya que en el mismo bloque de pisos había otra niña de su clase y la vecina, muy amable y comprensiva con su situación, acompañaba también a su hija y esto la hacía estar más tranquila.

Más de una vez, cuando se separó de su marido, estuvo a punto de dejar la ciudad e ir a vivir cerca de su familia pero ¿y el trabajo? Tenía miedo de dejarlo y no encontrar nada allí, un pueblo grande, con muchas menos posibilidades. Al final llegó a la conclusión de que ella tenía el problema y ella era la que tenía que resolverlo. Siempre hay un mejor y un peor, nunca es todo perfecto.

En cuanto acabase su jornada laboral, recogería a su hija a la que había inscrito en un programa de actividades infantiles del Ayuntamiento, e irían a un gran centro comercial a buscar las cosas que faltaban para completar la ropa que necesitaba. Tenía que darle tiempo de ponerles el nombre y dejarlas a punto. Tarea que solamente podía realizar por las noches, después de cenar. Se había reservado unos cuantos días de las vacaciones para acompañar a su hija los primeros

días del comienzo del nuevo curso. Era un poco tímida y cada año el cambio de clase lo notaba, hasta que cogía confianza a los nuevos profesores. Después normalmente todo iba bien, puesto que se encontraría en la nueva clase casi con los mismos alumnos que en el curso anterior. Además tenía que darse a conocer a los nuevos educadores con el fin de que la tuviesen informada de los avances de su hija.

Como volverían tarde a casa y cansadas, decidieron cenar en una pizzería, con lo cual para la niña, el ir de compras se había convertido en una pequeña fiesta, disfrutando las dos del "dispendio" pues no solía darse muy a menudo. Viéndola tan contenta le hacía pensar que a veces, si estás dispuesta, cualquier cosa por pequeña que sea puede hacernos felices. Nosotras nos habíamos acostumbrado a contentarnos con poco y en nuestro pequeño mundo, éramos felices.

Las tardes de otoño se acortaban día a día y parecía que se preparaba un invierno frío, a juzgar por cómo había empezado el cambio de temporada. Cuando ella salía de su trabajo, ya era oscuro. Tenía el metro bastante cerca y a la salida tampoco estaba lejos de su casa, apenas dos o tres calles.

No estaba su hija, lo que no era extraño. Debía estar en el piso de abajo con su amiga. Preparó la cena y al ver que todavía no subía, bajó a buscarla.

— Hola Mercedes, dile a mi hija que salga, que ya tengo la cena preparada...

— ¿Cómo, no está en casa?

— No. Creí que al volver del colegio se había quedado contigo.

— Es que hoy no la he recogido. Me han llamado del cole, que Ester no se encontraba bien, así que ido a buscarla antes porque le había subido la fiebre mucho. He llamado al médico y me ha dicho que tiene anginas con un poco de infección...

— ¿Entonces, mi hija dónde está? ¡Dios mío, a ver si le ha pasado algo!

— No mujer, se habrá ido con alguna otra amiguita...

— ¿Qué hago, dónde llamo? Voy al colegio a ver si saben algo.

Subió corriendo a su casa, cogió la chaqueta colgada en el recibidor, las llaves y salió disparada.

Eran más de las ocho y en el colegio apenas quedaba un profesor que daba clases particulares a algunos niños que se retrasaban y el bedel, sentado en su pequeño despacho con vidrieras leyendo el periódico.

Llamó con los nudillos para que le abriera.

— ¿Qué desea?

— Mi hija... no ha vuelto a casa... no la encuentro... por favor ¿sabe si se ha ido con alguna otra amiga? La señora que la recoge siempre no ha podido venir hoy...

— Señora, aquí no queda nadie, han salido todos. Los chicos que repasan arriba son más mayores... espere, llamaré al profesor que queda, por si sabe algo.

Por el interfono estuvo dando explicaciones de lo que sucedía al maestro, que no tardó en bajar para interesarse por lo sucedido.

— ¿Ha preguntado en casa de alguna otra amiga de su hija?

— No, normalmente siempre vuelve con Ester y su madre... siempre habla de María y de Paula, pero yo no sé dónde viven...

— Espere, miraremos en los archivos para saber la dirección. María... tienen teléfono y los padres de Paula también ¿quiere que llamemos para saber si está allí?

— Sí, por favor, estoy muy asustada...

Las llamadas resultaron infructuosas. No sabían nada de Ana. Empezó a estar francamente asustada. Desde las cinco y media ¿qué había sido de su pequeña?

— ¿No habrá vuelto a casa o estará con algún familiar?

— No tenemos familia aquí —dijo entre sollozos— estoy separada y a mi marido lo han dado por desaparecido...

— En ese caso, lo mejor será llamar a la policía —y dicho esto se puso al teléfono.

No tardaron en venir. Les contó lo sucedido con su vecina, que su casa está muy cerca y que a ella al salir de la oficina no le pareció raro no encontrar a su hija en casa, pues casi siempre se quedaba jugando en el piso de abajo. La hicieron volver a su piso por si acaso aparecía. Mientras tanto, ellos peinarían las calles del recorrido que solía hacer. Ya le dirían algo.

Sentada en su humilde comedor, con la cabeza entre las manos, rota, pensaba qué más podía sucederle. Su hija era todo

lo bueno que le había dado la vida. Si le pasaba algo, no sabía si lo resistiría...

La vecina subió varias veces, intentando calmarla. Su hija se encontraba mejor. Le había bajado la fiebre. Se lamentaba de no haber recogido a la niña, pero no pensó que pudiera pasarle nada, otras veces ya había vuelto sola, sin ningún problema.

— Me quedaré contigo hasta que la encuentren. Mi marido está con la niña... Te haré un té caliente...

Lloraba en silencio, sin fuerzas. En su mente, sólo una imagen, la carita de su hija... Ya eran casi las doce, y no se sabía nada.

Sonó el timbre de la puerta. De un salto se levantó y fue a abrir. Era la policía. Habían ingresado una niña en urgencias sola, tenía que acompañarles para ver si era su hija.

— Pero ¿está bien? —preguntó con ansiedad.

— No lo sé señora. Yo estaba patrullando cuando he recibido esta llamada.

Subió al coche y en poco tiempo llegaron al Hospital. Temblorosa, entró con el policía en urgencias. La hicieron pasar a una estancia. Al verla entubada, con el gota a gota puesto y sin conocimiento, perdió el mundo de vista y cayó a tierra, apenas aguantada por el policía que le acompañaba, que no esperaba esta reacción. Con la ayuda de la enfermera, volvió en sí.

— Quieta, no se levante aún, podría volver a caer.

— ¿Qué le han hecho a mi hija, la han atropellado, qué tiene?

— Cálmese. Le hemos administrado un sedante, pero sus constantes están bien.

— ¿Dónde la han encontrado?

— La ha traído una señora en su coche. Estaba intentando cruzar la calle por donde ella pasaba, apenas sin aguantarse y desabrigada. Le pareció raro paró y al verla en aquel estado, la trajo aquí.

— Dios mío gracias, gracias, por haberla traído ¿dónde está? quiero agradecérselo...

— Ya tendrá tiempo, ahora cálmese, quédese con la niña y en cuanto sepamos lo sucedido, se lo comunicaremos.

Se sentó al lado de su cama, cogiéndole la manita que tenía libre, besándola, como si quisiera quitarle su mal y llevárselo para ella. La doctora hablaba con el policía que la había traído, después se fueron los dos. La miraba sin comprender nada de lo ocurrido, llena de desazón.

Pasó la noche así, pendiente de cualquier suspiro de su hija. Tendría que llamar a la oficina para decirles que se quedaría en el Hospital al día siguiente. Esperaba que por la mañana las enfermeras, la doctora, quien fuese, le diesen alguna explicación de lo sucedido, lo que había dicho su hija al llegar, cualquier cosa que supieran.

Al amanecer, la niña empezó a quejarse y a llorar, todavía medio inconsciente. Ella le hablaba cariñosamente, se movía convulsa. Llamó a la enfermera, que vino enseguida.

— Miraré en su ficha, por si debo suministrarle otro calmante.

— ¿No sería mejor dejarla que se despierte, para saber que le ha pasado?

— ¿No se lo han dicho aún?

— No, pero puede decírmelo usted.

— Yo no debo hacerlo. Se lo dirá la doctora.

— ¿Pero qué es lo que pasa, porqué nadie me dice nada?

— Mañana estarán los análisis y las pruebas que se le han hecho y entonces le dirán lo que haya...

Se fue, dejando a Elena con más dudas que antes. ¿Qué era todo aquel misterio o lo que a ella le parecía un misterio? Se dejó caer de bruces en la cama. No tardó en aparecer la enfermera, que le introdujo un pequeño botellín en el vial. Enseguida se calmó y pareció dormir tranquila nuevamente.

A primera hora, cuando apenas habrían llegado a la oficina sus compañeros, llamó para decir lo que había pasado y que tenía que quedarse en el Hospital. Tomaron nota y dijeron que se lo pasarían a su superior. En la máquina de bebidas que había en el vestíbulo, pudo sacar un café caliente, con sabor a nada. Volvió a la habitación a esperar. Casi eran las

diez de la mañana, cuando la enfermera le dijo que la doctora que llevaba a su hija quería verla en su despacho.

— ¿Y si se despierta mi niña? Quiero estar aquí con ella en ese momento...

— Váyase tranquila. Todavía descansará un buen rato.

Nerviosa, a grandes zancadas, se dirigió al lugar que le habían indicado.

— Siéntese por favor. Lo que le voy a decir no le va a gustar, porque a mí tampoco me gusta tener que comunicárselo ¿tiene algún familiar cercano que pueda acompañarla?

— Por favor, no me asuste. No. No tengo a nadie, mi familia está toda fuera de aquí ¿es tan grave, ha quedado inválida? Apenas se mueve...

— No es nada de eso. Hubiese preferido que estuviese acompañada pero... Lamento muchísimo tener que decirle que su hija ha sido violada y maltratada físicamente, para poder conseguirlo...

Elena estaba quieta, impertérrita, como si no comprendiera. Su cabeza no podía admitir aquellas palabras, se negaba...

— ¿Me ha escuchado? —viendo que ni se movía, dio una palmada. Pareció reaccionar— Le pregunto si me ha escuchado lo que le he dicho.

— ¿Qué, a mi hija? ¡pero si apenas acaba de cumplir siete años! —se derrumbó llorando con la cabeza entre los brazos encima de la mesa del despacho de la doctora— no... no puede ser cierto... no a mi pequeña...

Intentó tranquilizarla, pero era imposible. Llamó a la enfermera y le administraron un calmante. La acompañó al cuarto de la niña, donde quedó frente a la cama mirando a su hija, postrada, como un juguete roto en manos de un malvado insensible, un criminal de la peor especie. Tomó la mano de su hija y la besó, la besó una y otra vez... sí, tenía razón la doctora, ella sola no podía enfrentarse a esa desgracia. Llamaría a su madre. Era lo único que podía hacer, su hija no podía quedarse sola ni un minuto más y ella tendría que volver a trabajar. Los temores y los pensamientos se le acumulaban todos juntos en tropel.

Apenas hacía un mes y medio que había estado con sus abuelos en el pueblo, que era su lugar de veraneo económico y a la niña le gustaba mucho, porque podía ir en bicicleta y correr en libertad con los niños de allí. Siempre procuraba tener las vacaciones cuando allí era la fiesta mayor, que entonces era más divertida la estancia. Estaba pensando en todo esto mientras llamaba a su madre, intentando disimular su angustia. Sólo acertó a decirle que su hija había tenido un accidente y que estaba en el Hospital. No podía contarle por teléfono lo sucedido. A la pobre mujer, le hubiera dado algo. Le dijo que no iría a esperarla para no dejar sola a la niña, que cogiera un taxi y la traerían al Hospital.